

Una mañana de abril

◆
BEATRIZ ESPEJO

Un salón de clases pequeño. Tres hileras de pupitres y apenas una docena de alumnas vestidas de azul marino, con grandes cuellos blancos sujetos por un botón redondo. El sol entra franco al ventanal. Nos impregna de su luz tan azul como el cielo que aparece tras los vidrios, basta con alzar la vista volteando hacia la izquierda. La luz cae de lleno extendiendo su suave tibieza como saludo galante. Al frente, está el maestro de latín. Elige un gis y escribe sobre el pizarrón la lección del día. *Anima-animae-anima-animam*. Insiste en enseñarnos declinaciones. Gracias a él sabemos que esa lengua necesita cuidado, mucho cuidado, como dice la cocinera de mi casa cuando me muestra los soufflés dentro del horno. Preferimos conjugar algunos verbos. Resulta tan sencillo aquello de *amo, amas, amamus, amavit, amat*.

El profesor ha sido seminarista; sin embargo no se consagró sacerdote porque le falló la vocación en el último momento. Tiene treinta y tres años, lo cual indica que es casi viejo. Trata de mantenerse estricto. Lo lamentamos cuando asienta calificaciones en las boletas mensuales. Un nueve representa grandes empeños, recitar las *Catilinarias*, *Quo usque tandem abutere, Catilina, patientia nostra? quamdiu etiam furor iste tuus nos eludet? quem ad finem sese effrenata iactabit audacia?* Demostramos una audacia sin límites repitiendo aquello sin que medien titubeos ni suspiros, de sopetón y puro corridito, como si fuera el objetivo supremo de nuestras vidas. ¿Hasta cuando, Catilina, abusarás de nuestra paciencia? La paciencia no se nos agota ni al profesor tampoco. Reverenciamos al tribuno admonitorio, cantando réquiems desde su cátedra. Pronunciamos en voz alta cada frase. El maestro aprendió al dedillo los

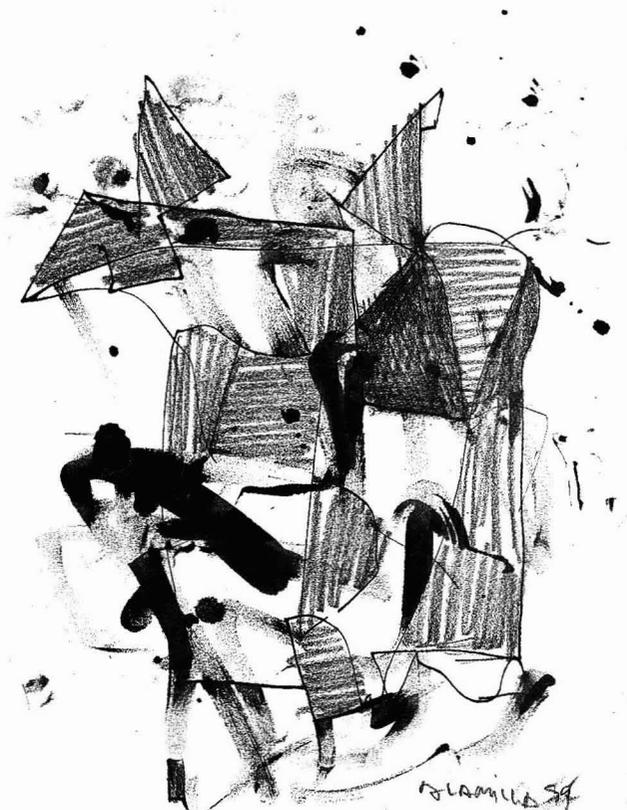
cincuenta y seis discursos de Cicerón que se conservan. Hubiera deseado ser orador, sólo que padece una tartamudez incurable. Recorre atentamente a sus discípulas, una por una. Empieza de atrás hacia adelante. Al toparse conmigo sentada en primera fila desvía la mirada y salta al pupitre siguiente. No puede soportar mis actitudes retadoras, porque el profesor Ponchito está profundamente enamorado de mí. Todas lo dicen. Es un secreto compartido que me niego a escuchar haciéndome disimulada; pero cuando le pregunto algo se sonroja invariablemente y su incómoda respuesta será más tartamudeante que de costumbre, como si estuviera enfrentándose al padre coadjutor. Acabo de cumplir dieciséis y ya he descubierto la manera de poner a los hombres en apuros.

Repito con las demás. *Nihilne te nocturnum praesidium Palati, nihil urbis vigiliae, nihil timor populi...* En cambio de Catilina que no siente temores, al profesor Ponchito le aterra el pueblo representado por nosotras. Me afano en no equivocarme. El profesor reclusa ante mi aplicación y prefiere explicarle a Carmen Ávila el ritmo noble del latín clásico, la enorme urbanidad de su economía sintáctica, y el alma se le va en un hilo si sonrío con las piernas cruzadas metidas en tobilleras color carne que me llegan hasta las rodillas y presumo un fuego dorado que mantengo sobre el pecho. Un fuego que las demás notaron y él se esfuerza en ignorar, aunque parezca una estrella, un refulgente amuleto secreto. Se agranda si bajo la cabeza para verlo, se achica si lo olvido un rato.

Las otras jovencitas llevan también tobilleras color carne; pero ninguna sabe un segundo significado del término. Todas son vírgenes y a casi todas las aburre eso de *O tem-*

pora! o mores! El tiempo está excelente y sólo los abuelos se quejan de la moral contemporánea. Yo no me aburro en clase de latín, no sólo porque me divierte la turbación del maestro cada vez que me aproximo a él, lo cual por otro lado me parece un misterio muy hondo que empiezo a develar, sino porque imagino a Cicerón con su gran verruga en la nariz conmoviendo a las multitudes. Me fascina el poder de las palabras. Quiero ser escritora. Redacté mi primer cuento. Las monjas lo publicaron en una revista de la cual salió un número huérfano en papel cuché con letras tan azules como nuestros uniformes. Escribí escuetamente la historia de un mercader igualito a los que asoman sus cabecitas enturbantadas en *Las mil y una noches*. La maestra de literatura dio su visto bueno, la de psicología su aprobación. Ponchito se apretó todavía más el nudo de su corbata y movió la cabeza afirmativamente y por primera vez apareció mi nombre en letras de molde, aunque hubiera sido acompañado por noticias de mayor trascendencia. Contaban el noviazgo de otra alumna a punto de casarse apenas obtuviera el diploma del bachillerato; de otra que se despedirá de nosotros porque su papá fue nombrado embajador, de una tercera que recibió un perfume de Jean Patou en el último baile del Jockey Club por ganar un segundo premio con su abanico de concha nácar y encaje negro. Mi cuento aparece en medio de tales maravillas y me siento feliz.

Aparte soy feliz por muchas razones. El maestro Ponchito me califica siempre con diez, lo mismo que la maestra de literatura. El diez de la maestra de psicología importa menos porque lo apunta despreocupadamente hablándonos de sexo, fumando a escondidas de las monjas, tragándose el mundo a grandes y olorosas bocanadas, sin preocuparse por nuestros ligeros estremecimientos con las menciones de ese sexo que nos sube desde la entepierna hasta nuestro precipitado corazón. El mío late muy aprisa, quisiera escaparse por el ventanal rumbo a las nubes deshilachadas que cruzan el firmamento. Tac-tac-tac-tac, suena bajo el uniforme de lana. A veces le pongo la mano encima para sentir sus alegres movimientos. Soy feliz. No lo pongo en duda ni un segundo. Lo compruebo al mirar el blanco mosaico del piso o el techo blanco o el cutis blanco de mis compañeras. Me basta con fijarme en mis zapatos que por las tardes boleó meticulosamente, o en las plumas sheaffer colocadas sobre la paleta de mi pupitre o en mi portafolios imitación piel de cocodrilo recargado contra las patas de la silla. Repito: *Senatus haec intellegit, consult uidet: hic tamen uiuit*; pero si el senado romano sabía to-



Miguel Ángel Alamilla

das las maldades de Catilina, yo en cambio ignoro una cantidad inmensa de cosas. No sé cómo saben los besos. Jamás he dormido con un hombre, ni he oído respirar su tranquilo reposo de guerrero a mi lado, ni tomé responsabilidad alguna sobre mi persona ni sobre nada más; sin embargo no tengo dudas sobre el futuro. Me basta con el presente resguardado entre los muros de mi casa donde los papeles están sólidamente distribuidos. Alguien provee, alguien organiza. Los niños obedecemos en una maravillosa rutina de sopa caliente servida encima de manteles almidonados. Ninguna circunstancia cambia ese orden supremo. Creo en Dios y en su inabarcable corte de ángeles y serafines. Lo imagino sentado en un trono de esmeraldas, atento a los pasos de la hormiga empeñada en trepar por el tallo del rosal. Rezo ante una Guadalupeana colocada a la entrada de la capilla. Le pido que Ponchito siga dándome dieces al por mayor, que no se muevan las hojas de los árboles sino del mismo modo que se mueven esa mañana radiante. Me gustaría quizás crecer un poco, soy la más bajita del salón y la menos agraciada. No tengo la piel marfilina de Carmen Ávila, ni la mata de cabello castaño de la otra Carmen, ni el seductor perfil de Adoración, ni la boquita de Alicia. No parezco un esbelto bambú flotante como Beatriz, ni una reina sofisticada en un desfile de

modas como Manuela, ni comparto la timidez angelical de Rosa, ni la riqueza económica de Nelly, ni el optimismo contagioso de Evangelina, ni la gracia de Antonieta, ni me muevo con la seductora tersura de raso con que se mueve Bertha. Tengo una gran confianza en mí misma que no me dan los dieces de Ponchito, el relumbrón gracioso de mis zapatos ni mi primer cuento publicado. Me lo da el coche de Cabalán a las dos en punto de la tarde frente el portón principal de la escuela. Supongo que llega minutos antes porque siempre encuentra el mismo lugar. Brilla como salido de la agencia sobre sus cuatro ruedas cara blanca, lleva la capota bajada esperándome bajo las sombras de los truenos florecidos en las aceras. Su dueño viste camisa de mangas cortas que descubren unos brazos musculosos y velludos. Su risa perfecta ilumina el universo, ilumina sus ojos de laguna clara bordeados por la floresta de sus negras pestañas. Cabalán y yo fuimos vecinos desde que el recuerdo nos alcanza, celebramos juntos cumpleaños que marcaron nuestros primeros pasos por esta existencia placentera. Aprendió a montar en bicicleta mientras yo lo veía alejarse hacia la esquina, porque nunca logré mantener el equilibrio y me quedaba como tonta en medio de unos tubos pesados y unas ruedas que se negaban a girar, dejando que su mamá me lavara las espinillas ensangrentadas. La mamá de Cabalán es una verdadera odalisca y no le importa mi inoperancia física. Supongo que Cabalán nunca ha pensado tampoco en mí como cirquera; pero para compensar las cosas yo presumía las bandas de aplicación que siempre me dieron las monjas. Él me contestaba que no necesitaba esforzarse demasiado porque apenas creciera su papá le compraría un banco. La contundente respuesta me amilanaba; pero al minuto se reía con esa hermosa sonrisa suya, recogía para mí la fruta desparramada de las piñatas, me servía platos con enormes trozos de pastel en nuestras fiestas. Y ahora llega día tras día a la puerta del colegio. Compra los boletos que Alicia le vende para tardeadas y kermeses de caridad, cruzamos algunos comentarios, me envuelve con la mirada y me dice adiós cuando abordo el coche que mandan a buscarme cada mediodía. Eso es todo. Ni a él ni a mí se nos ocurre romper normas establecidas; pero se me figura un *sheik* poseedor de extensos territorios petroleros. Aún así, lo dejo poner en marcha el motor y despedirse con la mano, segura de que volverá mañana y de que bailaremos en la primera oportunidad que se nos presente; sin embargo, para ser sinceros no baila demasiado bien y necesito sacarle la conversación usando estrategias adecuadas. Lo

inhibo con mis proyectos intelectuales y mi decisión inquebrantable de entrar a la Facultad de Filosofía y Letras tan pronto termine el curso y Ponchito acabe de darme dieces y la maestra de literatura de aprobar mis cuentos incipientes y la de psicología de hablarme sobre un sexo que no he conocido ni remotamente.

Para completar la perfección faltaba un detalle. Un detalle mínimo aunque molesto. Nunca pude ser hija de María. Y por tanto no me asiste el derecho de llevar sobre el uniforme la medalla de plata forjada que les otorgan a las hijas de María luego de asistir veintiún sábados seguidos a misa de nueve en la Enseñanza. Veintiún sábados no representan demasiado sacrificio. Es posible entretenerse y hasta entrar en una especie de ensoñación viendo las machincuepas que pegan los oros en las columnas de los altares y escuchando los graves sonidos de los órganos o las notas altísimas de los violines al entonar himnos, secuencias, antífonas, responsorios o aleluyas; pero mi propio padre siempre intercepta esas idas y venidas. Le pone tentaciones a mis buenos propósitos. Y sucumbo sin remedio a la fiesta continua que propone. Lástima que tengas compromiso, dice partiendo una toronja, pensamos pasar el día en Cuernavaca, o desayunaremos en el Sanborns de los azulejos, o planeamos ir a los bazares de la Lagunilla que cierran los domingos, o nos invitaron a comer en Querétaro. Mis fuerzas flaquean. El año terminará. Sólo seré aspirante a hija de María y jamás tendré la medalla de plata. Se lo cuento a Cabalán en uno de nuestros encuentros. Me compadece desde el fondo de su *anima-animae* y se despidió sacando su forzudo brazo por la ventanilla; sin embargo es muy compasivo y busca un remedio, el único remedio que encuentra alguien a quien su padre podría comprarle un banco. Me regala una medalla de la Guadalupana rodeada de brillantes, pendiente de una cadena.

Catilinam orbem terrae caede atque incendiis, repetimos a coro. Y no necesito a Catilina para incendiar la redondez de la tierra. La medalla sobre mi uniforme despide sus rayos dorados, es mi piedra filosofal, mi fuego prendido, palpita al compás del tac-tac-tac-tac de mi corazón, me asegura que en algunos momentos de la vida la felicidad es posible, que Cicerón era muy elocuente y Catilina un malvado, que estoy protegida y segura, que el tiempo va a detenerse, que no existen el miedo, la angustia, la enfermedad ni la muerte, que el sol entrará por las ventanas extendiendo su tersa cobija, que nada cambiará y que a las dos de la tarde sin falta un automóvil estará esperándome siempre a la salida de la escuela. ♦